

HOMENAJE

A veces pienso que la poesía es tarea de egocéntricos, de pronombres alcoholizados de sujeto, envenenados de yo. Pero qué le vamos a hacer si así es la tarea de los cíclopes, si en el fondo no hay esperanza ni sortilegio, ni siquiera misterio, bajo los puntos y las comas. Es tan difícil ser transparente, eso pasa, es tan difícil dejarse imprimir como si la piel fuera papel cebolla ¿quién puede convertirse en cristal para descomponer la luz? Solo unos pocos, más que elegidos mutantes, seres de otra realidad, de otra dimensión en tour turístico promocional recorriendo el planeta como quien lo crea. El resto, bueno, el resto somos reconocibles. Caminamos con un pico por entre los escaparates, hurgando un poco aquí y un poco allá, destilando luz a golpe de batea. Una marabunta de ojos y sentidos como antenas, hermanados con esa otra marabunta de japoneses a la que tanto nos parecemos, ese ciclón de destellos y sonrisas y fotos que recorre el mundo como quien lo fija en su sitio. Pobres los jóvenes poetas de Japón, cuanta competencia. De vez en cuando alguno de nosotros hace un esfuerzo por descomponer la luz, y de tanta fuerza y tanta energía acumulada – los algoritmos de la alquimia a veces duran lustros – consigue especializarse y se transforma en árbol, en triciclo o esquina. No es mucho, pero es algo. A veces incluso, como una paradoja hecha ladrillo y metal, aquellos convertidos en esquina reciben una placa con su nombre para inaugurar una calle en época de elecciones. Con lo que cuesta dejar de ser un nombre... Los más nos dedicamos a nuestros quehaceres cotidianos: exhibir pretensiones, pavonearnos en defensa personal y a la postre ir tirando a punta de oficios varios y discusiones rimbombantes. Cuando el verbo se deja retratamos una tienda de golosinas, una puta de maquillaje triste, un ataque de nostalgia y lo celebramos con un mal verso como quien caza tigres en Tanzania. Algún que otro enloquecido hasta se inventa un libro y derriba un metro cuadrado del Amazonas – no da para más – vociferando metáforas y palabras esdrújulas para presentar una idea que tiritita de frío en la página 27. Son cosas sin importancia, de gente acostumbrada a la nada, habitantes del desamparo de las musas que siempre se van con Ángel González.

Felipe Gracia